115

RAMIRO RUIZ Y FRANCISCO LOYGORRI

¡Adiós, Facundo!

DISPARATE CÓMICO

EN DOS ACTOS, ORIGINAL Y EN PROSA



Copyright, by Ramiro Ruiz y Francisco Loygorri

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Calle del Prado, núm. 24.

1921

17

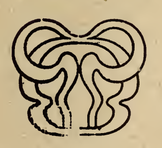
RAMIRO RUIZ Y FRANCISCO LOYGORRI

¡Adiós, Facundo!

DISPARATE CÓMICO

EN DOS ACTOS, ORIGINAL Y EN PROSA

Estrenado con GRAN ÉXITO en el TEATRO CÓMICO, de Madrid, la noche del 14 de Abril de 1921.



MADRID
IMPRENTA DE MARIO ANGUIANO
Calle de la Bola, núm. 8.

1921

REPARTO

Marina	Sra. Pacheco.
Soledad	Srta. Lombera.
Luisa	Sra. Rosales.
Sra. Gregoria	» Corcuera.
Berta	Srta. Velázquez.
Facundo Díaz y Díaz	Sr. Carmona.
Pascual	» Méndez.
Simón	» Pastor.
Juanito	» Marín.
Fray Gerundio	» Amyach.
Fray Osorio	» Marco.
Robustiano Urcola	» Bermúdez.
Apache	» Bermúdez.
Toribio	» Marco.
El verdadero Facundo	» Cuenca.

Tres o cuatro que no hablan, pero que atizan leña.

La acción en Madrid. — Época actual.

NOTA.—Por enfermedad del director de la Compañía, señor Portes, se encargó de su papel el Sr. Carmona, representándolo también con gran éxito días después el mencionado director.

Para ambos nuestro agradecimiento.

675155

ACTO PRIMERO

Habitación de una casa modestísima, con puertas al foro y a los costados. Una mesa, unas sillas y dos o tres trastos cualquiera, todo muy pobre. A la derecha un balcón en primer término, y a la izquierda, enfrente, la alcoba de FACUNDO, en cuya puerta pende un cortinón muy deteriorado. En escena SIMÓN y MARINA, que sale, al levantarse el telón, por la puerta de la alcoba; matrimonio, muy sinvergüenza él, muy cursi ella. PASCUAL, tipo de tendero adinerado, capaz de asesinar a una tía suya por dos pesetas. JUANITO, pollo pueblerino y ambicioso. Todos son parientes de FACUNDO y están esperando impacientes la muerte del mismo, que simulará *diñarla* en la alcoba próxima. PASCUAL da vueltas como un león por la casa, impaciente, entrando y saliendo por diferentes puertas, mientras SIMÓN y JUANITO, para hacer tiempo, están jugando al tute en la camilla.

ESCENA I

SIMÓN, MARINA, JUANITO y PASCUAL.

JUANITO. *(Suena un reloj, que da las cinco.)* ¡Las cinco!

SIMÓN. *(Jugando.)* ¡Las cuarenta!

MARINA. *(Saliendo.)* Pero, ¡queréis dejar el maldito juego? Tengo ya la cabeza loca.

SIMÓN. Si te parece dejaremos esto y jugaremos al *football.*

MARI. No decía tanto. Pero es que mareáis con tanto cantar. Además no me parece esto prudente en un duelo, aunque, como éste, sea simulado.

SIMÓN. *(Dejando las cartas furiosamente.)* Mira, sabes lo que te digo, Marina, que yo ya estoy harto de esperar a que muera Facundo. Tres días llevamos aquí aguardando a que dé las boqueadas, y ese no se muere ni con la puntilla *(en voz alta).*

MARI. Baja más la voz, hombre.

SIMÓN. No me da la gana. Y si lo oye que lo oiga. ¡Mejor! para cuatro pesetas que vamos a heredar yo no aguanto más, ea, y estoy dispuesto a dar aquí hasta lecciones de guitarra con tal de no aburrirme.

JUAN. Tiene razón, tío Simón. Facundo tiene más vida que siete gatos, y creo que ya le hemos hecho bastantes zalamerías.

MARI. ¡Paciencia! Esto no puede durar. Los médicos lo han desahuciado.

JUAN. ¡Pero qué médicos ni qué ocho cuartos! Me parece a mí que ese don Procopio es tan médico como yo obispo.

SIMÓN. ¡Naturalmente! Si fuera médico ya había reventado.

PASC. *(Entrando en escena violentamente.)* Pero bueno, ¿se muere ese tío o no se muere? Porque yo tengo mucha prisa.

MARI. ¡Calma, Pascual; todo llegará!

PASC. Pero es que este hombre trae más retraso que el correo. Por supuesto que Facundo dura hasta que yo entre y le dé con éste una conmoción cerebral que finiquite. ¡Vamos hombre, seis días pa morirse! ¡Esto es un timo!

MARI. No tengas mal corazón, Pascual. Dejarle que muera tranquilamente.

JUAN. Que se fastidie, por miserable.

SIMÓN. ¡Como que hay que ver! ¡Tener la mar de cuartos y estar toda la vida pasando miserias y calamidades por avaro..., dándonos sablazos, sucio, roto, lleno de manchas...

PASC. Sí, siempre ha sido un cochino...

SIM. ¿Para qué? Para luego averiguar que el tal pariente tiene un dineral en el Banco, que nosotros nos repartiremos bonitamente tan pronto se muera.

PASC. Y que no me hacen falta a mí las leandras ni ná. Lo primero que hago es agrandar el despacho de comestibles.

JUAN. Como que yo aún no lo creo. Cuando me dijo esa doña Luisa que vino a buscarme, y que decía ser una vecina del tío, que éste agonizaba y que corriéramos a cuidarle, porque dejaba una fortuna, estuve a punto de llamar a los guardias para que la encerrasen. Después, cuando reflexioné que casos como éste ocurren en la vida a montones, averigüé lo que había de cierto, y ya saben

ustedes lo demás. Hablé a un amigo que está empleado en el Banco y, efectivamente, me confirmó que Facundo Díaz y Díaz tenía en aquel establecimiento una cuenta corriente que ascendía a unas noventa mil pesetas.

PASC. No mentar cantidades, que se me hace la boca agua. Yo también, al principio, creí que aquello era una chunga tuya. Pero ¿cómo iba a tener Facundo ese dinero, si siempre me traía asao, sacándome comestibles, pidiéndome más chocolate que un loro, y cuando estaba malo se me iba a la charcuteríe, y cuando no me sacaba el jamón me sacaba la lengua?

MARI. Y no os parece que esa doña Luisa que avisó a Juanito es una señora que quiere pedirnos algo.

PASC. Pues si cuenta con lo mío, apañá va. Yo ya he dao bastante. Hoy va a hacer ocho días que estoy corriendo con los gastos de la casa. Y ese hombre no hablará ni dará señales de vida, pero se me está comiendo cada cuarto de gallina y cada trozo de jamón, y se me está bebiendo cada botella de jerez, que no parece que va a morirse, sino que se va a dedicar a la grecorromana.

SIMÓN. Como que a este paso se pone más gordo que don Pío.

JUAN. A mí lo que me extraña es que anoche, cuando me quedé aquí cenando, esperándoles a ustedes, comiéndome una cabeza de cordero, salí un momento a la puerta, porque me pareció que llamaban, y cuando volví me encontré con que había desaparecido la cabeza.

MARI. Como que lo que tiene Facundo yo creo que es hambre atrasada.

PASC. Pues si piensa alimentarse a mi costa está equivocao, porque le quito de enmedio, pero que en seguida. (*Se oye dentro una voz muy quejumbrosa.*)

JUAN. ¡Callarse!... Parece que llama.

FACUN. (*Dentro.*) ¡Pascual, amigos míos!... Marina, ¿dónde está?...

MARI. Aquí, hombre.... (*Entrando.*)

PASC. A ver si quiere Dios de una vez.

SIMÓN. Y que es una agoniíta que ya ya... Dura más que el alcalde de Corck.

TODOS. (*Al ver salir a Marina.*) ¿Qué, qué?

MARI. Que dice que le hace daño que fuméis.

PASC. Pues que se chinche.

MARI. Es que dice que le molesta el humo.

PASC. ¡Que le molesta el humo! ahora verás... (*Entra en la alcoba resueltamente*).

MARI. Por Dios, tener cuidado con Pascual que es un barbarote, no vaya a...

JUAN. Déjelo usted tía, a ver si lo despacha de una vez.

PASC. (*Apareciendo en la puerta de la alcoba y hablando hacia dentro*). Nada hombre, nada. Aquí estamos nosotros para lo que haga falta. Lo que es menester es que te pongas bueno. (*Hace señas con el dedo de que no y todos también*). No te lo creas, granuja. Bueno, miren ustedes; yo estoy acostumbrado en la tienda a despachar pronto y bien, pero lo que es a este tío, a éste lo despachaba yo pero que en un santiamén.

SIMÓN. ¿Pero qué te ha dicho?

PASC. Que no fumemos.

MARI. ¿Y qué le has contestado?

PASC. Que no fumaríamos. Pero le he dejao en la mesilla encendido el puro de 15 que me estaba fumando, y con eso revienta. Y ahora, vosotros veréis.

JUAN. ¿Qué va a hacer usted?

PASC. Dejarme. (*Saca la petaca, da pitillos a todos, encienden, y luego apaga la luz y corren el cortinón*). Ahora a fumar y echar el humo por entre los pliegues.

SIMÓN. (*Haciéndolo*). ¡A ver si revientas!

JUAN. Toma del bote.

PASC. Hasta que te aculotes, ladrón. (*Llaman a la puerta con un campanillazo. Pascual enciende la luz y todos se sientan muy compungidos. Marina esconde las cartas. Juanito se arrodilla delante de un cuadro religioso. Todos se enjugan una lágrima cómicamente*).

ESCENA II

Dichos, y LUISA.

PASC. ¡Pobre Facundo! Era un santo...

JUAN. ¡Virgen de la Paloma, haz un milagro!... (*Con el dedo dice que no de modo que le vea el público*).

SIMÓN. ¡Adiós, Facundo! (*Medio llorando*).

MARI. (*Entrando con Luisa*). Ya ve usted qué cuadro...

LUISA. Es natural, pero cálmense ustedes. Hay que tener resignación. Después de todo... es posible que cure...

PASC. (*Rápidamente*). No me diga usted eso, señora... que me lo voy a creer y sería peor.

JUAN. Este caso es desesperado.

MARI. Estamos esperando una catástrofe.

SIMÓN. Adiós, Facundo...

LUISA. Vamos... reflexionen ustedes... Ademas creo que Dios le hará un gran favor... Para vivir como él vivía... él que podía vivir como un príncipe.

MARI. Eso sí es verdad... El pobre Facundo se ha martirizado inútilmente pasando mil privaciones, no sé para qué. Siempre ha sido un extravagante, pero la verdad, no creíamos nunca... a no ser por usted.

LUISA. La verdad es que yo también me quedé como tonta cuando me lo dijo. Yo tenía antigua amistad con él; porque fuimos vecinos en la calle del Sombrerete. Allí siempre le ayudábamos mi Soledad y yo, porque ya saben ustedes lo que es un hombre sólo. Después cuando se mudó aquí a la Guidalera se enfriaron nuestras relaciones. Solita, mi hija, venía a ayudarle algunas tardes en no sé qué escritos que decía que eran sus negocios. Pero hace unos días se puso muy malo, le empezó a salir un divieso como un periscopio así en la rabadilla y la dijo: «Dile a tu madre que no me siento bien, que venga, tengo que hablarla».

PASC. ¿Y entonces, qué?

LUISA. Entonces me lo contó todo. Mire usted, amiga Luisa—me dijo—yo estoy muy malo y me siento morir. Lo siento porque tenía unas butacas para ir al cine a ver una cinta muy bonita que echan, pero ya la veré desde el Paraíso. Avise usted a mis parientes que vengan a cuidarme. Se han portao mal conmigo y son unos sinvergüenzas...

SIMÓN. Eso de sinvergüenza lo diría por Pascual que le negó dos duros una vez.

PASC. O por tí que no le abrías la puerta cuando iba a tu casa.

LUISA. Déjenme acabar. Son unos sinvergüenzas, pero los perdono, y los pienso dejar toda mi fortuna, cuando me muera. ¿Su fortuna—dije yo—don Facundo? Sí, mi fortuna, porque aunque te parezca un pobre, tengo mucho dinero en el Banco y debajo del colchón tengo unas láminas de la Deu-

da que pienso regalarte, cuando me muera, para Solita.

MARI. ¡Pobre Facundo!; la verdad es que le hemos tenido un despego...

LUISA. Al principio me quedé que no coordinaba. Después metió la mano debajo del colchón, sacó un *Blanco y Negro*, y me enseñó las láminas. Las guardaba allí dentro. Aquello valía 14 000 duros.

PASC. Pero este hombre tiene más dinero que Romanones.

LUISA. ¡Que si tiene! Me ha dicho que no se lo contara a ustedes; pero me ha hablado de que tiene billetes para empapelar este cuarto. También me ha dicho que tiene una caja llena de oro, aquí enterrada... y hasta tierras en la Habana... ¡Qué se yo!

JUAN. ¡Qué bárbaro! Digo, ¡qué tío!

MARI. ¿Y usted, en medio de todo, estará contenta.

LUISA. Me alegro por mi hija, sí señora.

JUAN. (Esa Solita si la hago solo mía, me redondeo.)

LUISA. Ahora que lo siento, porque don Facundo era un bendito. .

JUAN. Un santo... señora... un santo.

PASC. Un alma de Dios.

LUISA. Claro que él no hablaba así de ustedes, esta es la verdad, porque siempre me estaba: Ese Pascual es un granuja, que tiene cuatro cuartos a fuerza de robar a la parroquia, y ese Simón, siempre parao... sin trabajar, comiéndose la dote de la Marina, y ese Juanito más cursi que bailar con gramófono. Algún día me las pagarán.

PASC. Hombre... la verdad... yo creo que... (*Mirando a la puerta con ademán de estrangularlo).*

JUAN. Lo que es a mí me ponía verde... ya lo veo...

SIMÓN. Pues a mí...

LUISA. Pero no hagan ustedes caso. Palabras. Después, ya lo ven... todo para ustedes. En fin voy a dar una vueltecita por casa y luego vendré un ratito a hacerles compañía. Pobre don Facundo, con el dineral que tenía venirse a vivir tan lejos.

PASC. ¡Vamos, que vivir en la Guindalera y morir en la Prosperidad!

LUIS. Vaya, voy a entrar un momento a verle por si quiere algo... aunque estando aquí ustedes no hace falta. *(Entra en la alcoba.)*

PASC. (*Yendo hacia la alcoba, indignado.)* ¡Llamarme a

mí ladrón ese granuja! Como entre, ese no resucita ni en las elecciones.

SIMÓN. Nos ha puesto de chupa dómine. ¡Maldita sea su corazón.

JUAN. No insulte usted más, so tío, y a morirse que es su obligación. (*Todos están delante de la puerta con ademanes descompuestos, lanzando estas maldiciones. Y a tiempo sale Luisa y todos quieren disimular. Pascual hace ver que corre dos cortinas, Simón que ahuyenta el humo. En fin, hay una transición muy cómica que se deja al talento de los actores.*)

LUIS. (*Saliendo.*) Duerme tranquilo... Vaya, hasta luego.

JUAN. Supongo que traerá usted a Solita.

LUIS. Si es capricho... descuide.

JUAN. Debe ser monísima.

LUIS. Ya la verá usted. (Si vienes por la dote te puedes limpiar.) Queden con Dios.

ESCENA III

Dichos, solamente.

PASC. ¡Me va a salir el sarampión! Vaya un ratito que me ha hecho pasar esa bruja.

SIMÓN. No sé como no la he pasado á cuchillo.

MARI. Y la muy sinvergüenza, parecía que se relamía contándolo. Por supuesto que ella no tiene la culpa, la culpa es de Facundo, que, como entre, va fallecer, pero va á ser del sofocón que le voy a dar.

JAUN. Con que no quiere humo, eh, ahora verás... (*Saca el brasero, echa algo que levanta mucho humo, como incienso, etc.*) le echo unas migas de pan, se lo pongo debajo del catre y se asfixia.

PASC. (*Por el bastón.*) Lo mejor es que se muera del trancazo ese sinvergüenza.

SIMÓN. Dejarme a mí, que a este le despacho yo de una bronconeumonía. (*Abre el balcón de par en par.*)

MARI. ¿Qué vas a hacer?

SIMÓN. Levanta el cortinón. Ahora le enfoco la corriente y la pulmonía es segura. Tú, sobrino, entras a gatas, le colocas el brasero bajo la cama y de paso le destapas los pies.

JUAN. Enseguida. (*Entra a gatas, tirando del brasero.*

PASC. Si ahora no revienta es que es de cemento armao.

JUAN. (*Saliendo a gatas.*) Ya está...

PASC. (*A Marina.*) Entra a ver que hace.

SIMÓN. ¡Prudencia! (*Quedan todos esperando.*)

TODOS. (*Al ver salir a Marina.*) ¿Qué, qué?

MARI. Está dando las últimas boqueadas.

PASC. ¡Gracias a Dios! (*Cae sobre una silla dando un suspiro.*)

SIMÓN. ¿Por fin?

MARI. Está dando las últimas boqueadas al puro que le dejaste en la mesilla de noche. Se lo ha fumao enterito.

PASC. Pero, ese hombre es un sinvergüenza. ¡Oye, Marina, mañana no pongas más cocido, este no me chupa a mí más ni una gorda!

MARI. ¡Pascual, no lo eches a perder! Hay que tener paciencia.

PASC. ¡Paciencia! Y ya lleva seis días agonizando. ¡Esto es una estafa!

JUAN. Considera que son ocho o diez mil duros los que te tocan.

PASC. Diez mil duros. Retiro lo del cocido. (*Suena un campanillazo.*)

SIMÓN. Debe ser el médico...

PASC. Pues al drama. (*Todos se sientan muy abatidos, repitiendo la escena de antes.*)

ESCENA IV

Dichos y Robustiano URCOLA.

URCOLA. (*Entrando muy irritado como si saliese del toril.*) Buenas .. Facundo Díaz... ¿Es aquí?

SIMÓN. ¡Pobrecito!... Aquí es, sí señor.

URCO. Y está en casa, ¿verdad?

MARI. Está y no está... Pero usted dirá lo que desea...

URCO. Pues lo primero, que me devuelva unas botas de ternera que le presté hace seis meses y que eran de una tía que tengo en el pueblo. Y después, pedirle explicaciones porque me han dicho que le está haciendo cucamonas a mi señora, y la verdad yo me llamo Robustiano Urcola... pero de esto a la ganadería, hay un rato...

PASC. ¿Y usté a qué venía?
URCO. ¿Yo? A matarlo...
PASC. (*Levantándose rápido y empujándole hacia la alcoba.*) Pase usté en seguida.
URCO. (*Mirando a la alcoba.*) Pero, ¿qué hace ahí ese hombre?
PASC. Está expirando... Pero eso no le hace.
URCO. ¡De modo que tres meses buscándole y cuando me lo encuentro está falleciendo! ¡Maldita sea mi casta!
PASC. ¡Yo que usté me las pagaba!
URCO. ¡Anda, y me achucha! Pero, ¿es que usté se cree que yo me voy a ensañar con un cadáver? Eso no; pero si mejora avisarme a Bastero, doce, y finiquita. De todas maneras va a haber entierro; conque avisarlo. ¡Lo juro por éstas! ¡Buenas noches! (*Mutis*).
PASC. (*Pausa.*) Dele usté un estacazo siquiera. (*Desde la puerta.*) Está visto que a ese hombre no hay quien le mate.

ESCENA V

Dichos y la señá GREGORIA.

GREGORIA. ¿Se puede? ¿Cómo está el enfermo?
MARI. Mal; muy mal está el pobrecito... (*Llorosa.*)
SIMÓN. ¡Pobre Facundo!...
GREG. ¡Qué veo! ¡El balcón abierto! ¡Válgame Dios!
JUAN. Pero si es que se ahoga...
GREG. (*Cerrándolo.*) Pero esto es un disparate. ¡Jesús, Dios mío! Se puede morir de repente.
PASC. No lo querrá Dios.
MARI. ¿Quería usté algo, señá Gregoria?
GREG. Pues que me han mandao en el principal, que también el señor anda muy delicao, a la botica por unas melecinas, y me he dicho: voy de paso a ver si quieren que les traiga algo.
MARI. Ya que es usté tan amable, si quiere traernos lo que le ha recetado al pobre Facundo don Procopio, se lo agradeceremos.
GREG. Ya lo creo. Lo que haga falta.
MARI. Tenga las recetas y ahí van cinco duros. Son un específico y unos sellos.
PASC. Unos sellos... cinco duros... Serán antigüísimos.

GREG. ¡Pobre don Facundo! Gracias a ustedes. Unos tanto y otros tan poco. Ahí tiene usté al señor del principal lleno de dinero y comodidades, y en cambio él, si no es por ustedes que le han echao una mano, muere solo y desamparao.

PASC. Así es la vida. Ahora que, gracias a nosotros, no le faltará de nada para que se muera.

GREG. ¡Ya lo veo, ya! Por cierto que ahora que me acuerdo les diré una cosa. Don Facundo está al deber tres meses de casa y el amo me ha dicho que no le aguanta más, que paga o se va. Yo le he hecho ver su enfermedad, pero él me ha dicho que si está malo que le lleven al Hospital. Así es, siento decírselo a ustedes; pero si pasao mañana no paga lo echarán a la calle, aunque sea en una camilla. ¡Pobre señor!

MARI. Eso nunca, estando aquí nosotros...

SIMÓN. Nunca, lo oye usté; nunca. Ese hombre no sale de aquí más que muerto.

JUAN. Bien dicho, tío Simón.

MARI. Traiga usté esos recibos. ¿A cuánto ascienden?

GREG. Pues, a ocho duros, veinticuatro, y la voluntad. Aquí los tienen ustedes.

MARI. Pascual, recoge esos recibos y luego arreglaremos cuentas.

PASC. (Me saca dinero hasta difunto.) Vengan... (*Haciendo un gran esfuerzo. Los paga y se dirige a la alcoba, y en la puerta dice.*) (Me los voy a cobrar con réditos.)

GREG. No saben ustedes lo que me alegro. Deben ustedes tener un corazón de oro.

SIMÓN. No, es el cariño, mujer; el cariño natural. ¿Verdad?

JUAN. Natural. (*Pasándose las manos por el cuello.*)

GREG. Pues si no mandan más los señoritos, voy a los recaos. Con Dios ¡Ah! ¿Por qué no quieren ustedes que avise a otro médico? Porque aquí, en confianza, don Procopio me parece a mí que no entiende la cosa. Hay en el 17 un doctor, que se llama Buzo, que es una eminencia. Al señor del principal lo ha curao en dos semanas.

PASC. No, ese no; de ninguna manera. Es muy malo. Malísimo.

GREG. Malo, dice usted. Pues el señor de abajo se estaba ahogando con la disnea, y ese Buzo lo ha sacao a flote.

SIMÓN. Mujer, ese no; no puede ser...

GREG. ¿Y el doctor Verdugo, ese que vive ahí enfrente? ¿Quieren ustedes que le avise?
MARI. ¿A ti qué te parece, Pascual?
PASC. Sí, que avise al Verdugo... (Ese lo matará antes.)
GREG. Pues voy corriendo. Hasta luego. (*Mutis.*)

ESCENA VI

Dichos solamente.

PASC. (*En cuanto sale la portera.*) ¡Abre el balcón! (*Juanito lo abre.*) Bueno, y ahora vamos a cuentas. ¿Quién me abona a mí estos veinticuatro duros que me he sacudido?
MARI. ¡Hombre, por Dios, nosotros! Veinticuatro entre cuatro, tocamos a seis.
JUAN. Ahí van los míos. (*Dándoselos.*)
MARI. Los nuestros, ahora, cuando venga la portera con el cambio arreglaremos cuentas.
PASC. Está bien (*Apuntando en un cuaderno.*) Llevo gastaos setenta y tres duros. Ir echando las cuentas vosotros también, para repartir.
SIMÓN. ¡Hay que ver! Desahuciado de los médicos y del casero.
JUAN. Si pensaba morirse, ¿para qué iba a pagar?
PASC. Yo lo que digo es que no hemos debío aflojar la mosca.
MARI. ¡Hombre! Sacarle en una camilla hubiera sido un descrédito para nosotros.
PASC. ¡Que te crees tú que a Facundo le iba yo a dejar salir de aquí vivo! ¡Ca, hombre; ese me paga a mi antes.
JUAN. Y después de todo, ¿qué son veinticuatro duros comparaos con diez y ocho mil.
PASC. Tienes razón. Me desarmáis en seguida con los números.
SIMÓN. ¿Y la portera está *in albis* de lo del dinero?
MARI. Mejor; así verán que no es por el interés.
FACUN. (*Con la misma voz que antes.*) ¡Ay, mis entrañas! ¡Entrañitas mías!
MARI. (*A Simón.*) Entra, que llama.
PASC. Sí, entra tú, porque como entre yo... no respondo... (*Todos se acercan a la puerta. Entra Simón*).
JUAN. Parece que se queja.

TODOS. (*Cuando sale Simón.*) Qué, ¿qué pasa?

SIMÓN. (*Que entra como llorando y sale enjugándose los ojos, asi que corre la cortina dice*). No sé, no sé... juraría que ese tío estaba cantando una bulería debajo de la sábana.

PASC. Pero ese hombre para morir se está jaleando

JUAN. Sí, parecía que se estaba corriendo un juerga.

SIMÓN. Debe estar delirando.

PASC. Bueno, pues yo no aguanto más. (*Marcha hacia la alcoba*).

TODOS. ¿Eh? (*Sujetándole.*) ¿Pero qué vas a hacer?

PASC. ¡Que me mato con él!

MARI. ¿Pero estás loco?

PASC. Ya está dicho. Me mato con él. (*Cuando trata de penetrar en la alcoba y todos le sujetan, aparecen eu la puerta dos frailes descalzos. Al ver esto hacen todos una transición de la escena, que pasa de ser iracunda a dolorosa, haciendo ver Pascual que está desesperado y que todos le sujetan paia calmarle*).

SIMÓN. ¡Pero Pascual! ¡Cálmate!

PASC. (*Como loco.*) ¡Me mato con él! Yo no puedo, no puedo vivir sin Facundo.

ESCENA VII

Dichos, FR. GERUNDIO y FR. OROSIO.

MARI. ¡Dios mío qué desgracia tan grande! ¡Se ha vuelto loco!

GERUNDIO. La paz de Dios sea en esta casa.

SIMÓN. (*A Pascual.*) Vamos hombre, vamos, consuélate que te va a dar algo.

JUAN. (*Al oido.*) (Ocho o diez mil duros.) (*Le sientan en una silla*).

GERUN. Comprendemos su tribulación y la de todos, pero los cristianos debemos poner nuestra fé en Dios, para aminorar nuestros sufrimientos.

SIMÓN. Pero si es que esto es horrible. ¡Ocho días si se va o no se va!

OROSIO. El Señor querrá poner a prueba a don Facundo.

MARI. Y a nosotros, padre...

GERUN. ¿Ustedes son parientes suyos?

MARI. Sí padre, en segundo grado, pero parientes.

GERUN. Entonces celebramos este encuentro, porque así podremos cumplir la misión que traemos cerca del enfermo.

SIMÓN. Pues ustedes dirán. Pero siéntense a todo esto.

ORO. (*Sentándose.*) Muchísimas gracias.

PASC. Ustedes comprenderán lo doloridos que estamos.

ORO. Muy natural, hermano.

GERUN. Pues el motivo de nuestra visita es por encargo del Padre Prior que dispuso que viniéramos a ver el estado de don Facundo, el cual parece se halla gravemente enfermo.

PASC. Lo parece, sí señor... lo parece (pero no lo parece).

GERUN. Allá en los mercenarios reverenciamos mucho a don Facundo. ¡Ah, es un gran hombre! Un gran espíritu de religiosidad y de bondad.

ORO. Es la verdad.

GERUN. Constantemente prodigaba sus bienes para nuestra Orden.

MARI. (Facundo beato y generoso... ¡qué extraño!)

SIMÓN. No conocíamos estas virtudes en nuestro pariente; pero, claro, su carácter retraído, y luego estábamos un poco alejados...

GERUN. Cuanto les diga es poco. Ultimamente dió diez mil pesetas para nuestra comunidad y otras diez mil para las beatas de María. No, no fué así. Quince mil para las beatas y diez mil beatas, digo diez mil pesetas, para los siervos.

PASC. (¡Qué tío, y a mí sacándome hasta los ojos!)

GERUN. Y nuestra Comunidad, agradecida, ha mandado hacer unas rogativas por su curación.

PASC. No, gracias, no se molesten ustedes

GERUN. Es un deber de gratitud. Por otra parte veníamos a saber si le son necesarios nuestros auxilios religiosos, porque los económicos ya sabemos que don Facundo era un hombre de riqueza espiritual y terrena.

MARI. ¿Pero qué nos cuentan ustedes?... Nosotros ignorábamos en absoluto...

GERUN. Pues sí, don Facundo, hombre probo y modesto hasta la exageración, como lo prueba esta humilde casa, es un hombre de extraordinaria fortuna, que ha logrado merced a grandes economías y a una vida ejemplar. Porque ambición terrenal, ya habrán visto ustedes que tenía muy poca...

PASC. Eso creo yo también, padre, que tenía muy poca.

GERUN. (*Fray Orosio en los descuidos mira la taza que*

hay encima de la mesa hasta que se la bebe.) A ustedes, en verdad, les apreciaba poco, y a ratos profería en denuestos durísimos. Pero de ahí no pasó, y en el testamento que leyó al Padre Prior hace pocos días, los dejó a ustedes, relativamente atendidos a pesar de todo.

JUAN. ¿Y dicen ustedes que hay un testamento?

GERUN. Un testamento cuyas principales cláusulas conozco y que no tengo inconveniente en relatar a ustedes, puesto que en breve han de conocerle.

MARI. Naturalmente.

GERUN. Escuchen: Don Facundo está próximo a cumplir cincuenta años, según sabrán ustedes Le faltan excasamente unos veinte meses. Pues, bien: en una de las cláusulas establece que si falleciera antes de los cincuenta años, toda su fortuna pasaría a nuestra Comunidad con un fin piadoso, recibiendo ustedes tan solo una indemnización de mil pesetas por persona. Por el contrario, si falleciera después de cumplida dicha edad, la fortuna pasaría íntegra a poder de ustedes, legando tan sólo a la Comunidad una pequeña parte de ella.

PASC. (*Rápidamente a Juanito.*) Cierra el balcón, que entra un frío que pela.

SIMÓN. Pero esto es una rareza.

GERUN. ¡Oh, en los testamentos hay tantas, que por ser las últimas voluntades hay que respetar fielmente.

OROS. Exactamente.

MARI. Juan, saca el brasero. Ya debe estar la habitación más templada.

JUAN. Tiene usted razón.

MARI. (*A Juanito que entra en la alcoba precipitadamente.*) Tápale de paso, que no se desabrigue.

SIMÓN. ¡Pobre Facundo! si a mí me ha parecido siempre una buena persona. Un poco avaro, eso sí, pero bueno en el fondo.

JUAN. (*Saliendo con el brasero.*) Duerme como un bendito y debe tener un sueño delicioso. Parece que se está riendo.

GERUN. Es la tranquilidad de los justos.

OROS. Entonces no le despertamos. Ya volveremos. Y para cuanto les ocurra, en los Mercenarios, a su disposición.

MARI. Muchas gracias, padres.

GERUN. Que Dios alivie a don Facundo.

OROS. Y lo sane.

GERUN. *Pax vobis.*
SIMÓN. Oye, tú, paece que ha dicho «paz bobos».
PASC. A este fraile le he visto yo en *Las Corsarias.*

ESCENA VIII

Dichos, solamente.

MARI. ¡Jesús, Jesús! Estoy asombrada. Y nosotros que queríamos que se muriera.
PASC. Pues si que la hacemos buena si fallece.
SIMÓN. Y ahora, ¿qué hacemos?
PASC. ¿Que qué hacemos? Que desde hoy me encargo yo de él hasta que le ponga hecho un cebón. Son veinte meses, pero dentro de veinte meses, ¡millonario!
MARI. Querido primo, esas facultades que te abrogas me parecen un poco dominantes. Desde hoy, Facundo estará bajo nuestra protección.
SIMÓN. Marina, tiene razón. Debe cuidar de él una mujer y nadie mejor que ella ni más indicada.
PASC. Yo lo siento mucho, pero no me fío de nadie. Yo cuido de él como si fuese un Lulú.
JUAN. Pues yo, entre estar de patrona y estar aquí, me vendré a vivir con el tío.
SIMÓN. Lo mejor será ponernos de acuerdo y cuidar de él todos hasta que cumpla los cincuenta años.
PASC. Está bien. Y desde mañana echas más jamón al cocido.
MARI. Nosotros traeremos muebles y pondremos este cuarto hasta con lujo.
JUAN. Y yo me encargo de lo que haga falta.
SIMÓN. Hay que traer los mejores médicos.
MARI. Y no se va a escatimar ni una peseta en su curación.
PASC. Y cuidadito con darle aceite de tasa.
JUAN. Y en cuanto se alivie, al campo.
SIMÓN. Al hotel que tenemos en la Ciudad Lineal.
MARI. Y le vamos a cuidar esos meses a cuerpo de rey.
PASC. De eso me encargo yo.
MARI. He dicho que yo.
JUAN. Y yo.
PASC. A mí no me pisa nadie este negocio, lo oyes, Marina; y tú quieres aprovecharte ahora, porque eres una lagarta.

SIMÓN. Pascual, no me toques a la Marina y retráctate.
PASC. El que se debe retratar eres tú, pa que no se pierda la casta de los mamarrachos. Lo cuidaré yo, y hemos acabao. (*Violento*).
MARI. Lo cuidaremos nosotros. (*Entra la portera en este momento*).
PASC. Lo cuidaré yo. (*Transición*).
GREG. ¡Cómo le quieren! ¡Qué corazones más hermosos!

ESCENA IX

Dichos y la señá GREGORIA.

MARI. (*Transición.*) ¡Pero hombre, Pascual; todos le queremos y todos cuidaremos de él!
PASC. Todos; está dicho.
GREG. ¡Hay que ver cómo le quieren ustedes! Da envidia verlo. Por qué no tendrá una igual suerte. En fin, ahí van las melecinas. Abajo he dejao las otras, y me han dicho que el señor está mucho mejor.
SIMÓN. ¡Ah! Oiga usté, en cuanto venga el médico del principal, que suba.
GREG. Se ve que lo han pensao ustedes mejor. Bueno, voy a dárselas... (*Entra en la alcoba*).
SIMÓN. Yo creo que no debíamos darle esas porquerías que ha recetao don Procopio.
MARI. Lo del frasco, bueno, porque es un reconstituyente; pero los sellos, la verdad, no me atrevo.
PASC. ¿Cuántos hay que darle?
MARI. Uno cada tres horas.
JUAN. Yo no se los daría; no vaya a llegar ni a mañana.
PASC. Pero, ¿cómo no va a llegar con tres sellos?
SIMÓN. Lo mejor es tirarlos.
MARI. Pues voy corriendo. (*Va a entrar en la alcoba a tiempo que sale la señá Gregoria.*)
GREG. ¡Ea, ya está!
SIMÓN. ¿El que está?
GREG Que ya se lo ha tomao.
PASC. (*Como loco.*) Pero, ¿qué se ha tomao?
GREG. El frasco y los tres sellos.
PASC. ¡Mi madre! No dura ni una hora.
JUAN. Pero, ¿qué ha hecho usté?
GREG. Me están ustedes asustando.
PASC. ¡Váyase, que la mato!

SIMÓN. Como se muera, va usted a la cárcel.
GREG. (*Muy asustada.*) ¡Pero, Dios mío! ¿Qué he hecho?
MARI. Darle tres sellos; ¿le parece a usted poco?
GREG. ¿Pues cuántos eran?
MARI. Uno cada tres horas.
GREG. ¡Virgen Santa! Perdónenme ustedes.
PASC. Me voy por no darle a usted un estacazo, señora. (*Mutis al interior.*)
SIMÓN. Como la diñe Facundo, la estrangulo.
GREG. Voy por el médico. ¡Ay, Dios mío! (*Mutis corriendo.*)

ESCENA X

Dichos, LUISA y SOLEDAD.

LUISA. (*Entrando.*) ¿Pero qué pasa?
SOL. ¿Está peor don Facundo?
MARI. No, hija; esa bestia de la portera.
LUISA. ¿Qué ha hecho?
MARI. Que le ha recetado el médico unos sellos, y se los ha dado los tres de una vez.
SOL. ¡Pero esto es horrible!
JUAN. Claro, y ese hombre fallece.
LUISA. Cálmense ustedes. ¡Quién sabe! Tal vez le hagan más efecto.
MARI. ¡Dios la oiga, Luisa!
JUAN. (Esta es la de las láminas. Un poco fea es, pero me lanzo. Catorce mil duros bien valen la pena.)
MARI. Vamos a su lado, a ver si se queja. (*Entran en la alcoba por este orden: primero, Marina, Luisa y Simón; cuando va a entrar Soledad, Juanito la detiene.*)
JUAN. Señorita, un momento. Perdone mi indiscreción: ¿usted es la joven que ayudaba a don Facundo en sus trabajos?
SOL. Sí; ¿por qué me lo pregunta usted?
JUAN. Por nada. Había oído ponderar sus encantos, y quería cerciorarme por mis propios ojos.
SOL. ¿Y a usted, qué le parezco?
JUAN. Yo creo que se han quedado cortos.
SOL. Agradezco sus lisonjas; pero... yo soy feucha.
JUAN. ¿Feucha, dice? ¡Usted es un pétalo de rosa más fresca que mañana de Abril.
SOL. Eso de fresca.

JUAN. No se ofenda usted, señorita

SOL. Soledad es mi nombre.

JUAN. No se ofenda usted, Soledad. Era en el sentido poético de la palabra. Usted es más bella que un jardín de Granada, y ya me he hecho cargo de las dotes que a usted la adornan. Usted posee diez mil, que digo diez mil, catorce mil encantos. Yo, yo, que la he conocido a usted hace cinco minutos, la estoy amando a usted locamente, apasionadamente, desenfrenadamente, brutalmente. (Me ha salido divinamente.)

SOL. Este hombre está loco.

JUAN. ¡Loco por usted! ¿Qué me contesta?

SOL. Caballero, me deja usted turulata.

JUAN. (*Dirigiéndose al balcón.*) No me diga usted que no, que me suicido.

SOL. Por Dios, cálmese usted. Pueden oirle.

JUAN. No importa. Ahora mismo pienso pedirle a su mamá la mano de usted, si es preciso.

SOL. Pero yo no visto jamás un amor tan impulsivo. Tenemos que hablar... tengo que saber quién es usted.

JUAN. Yo soy de Burgos, señorita. Allí tengo tierras y poseo una renta de cinco mil pesetas. Todo está a su disposición.

SOL. Basta, señor mío, su arrebato amoroso me ha sorprendido. Lo pensaré, y mañana contestaré a usted mi decisión.

JUAN. Afirmativamente, ¿verdad?

SOL. Sí, creo que será afirmativamente... (*Muy cursi*).

JUAN. Oh, gracias, gracias. Moriré de felicidad... Hasta mañana.

SOL. A las diez. Pase usted por Columela esquina a Serrano. Tengo que hacer allí una visita y hablaremos.

JUAN. Estaré en Columela .. porque ya comprenderá usted que con esta figura no puedo pasar por Serrano de ninguna manera.

SOL. Pues hasta mañana.

JUAN. Adiós, ángel mío... (*Le tira un beso, que ella le devuelve en la puerta de la alcoba, entrándose precipitadamente.*) Bueno, acabo de plantear un negocio en tres minutos que como salga bien me voy a reir de Urquijo. Voy a decírselo a Pascual. (*Mutis*).

MARI. (*Saliendo.*) Pero si esto es maravilloso. Está completamente cambiado.
LUISA. (*Idem.*) ¡Esto es un milagro!
SIMÓN. (*Idem.*) Yo mismo no lo puedo creer.
MARI. (*Ante el cuadro religioso.*) Gracias a tí, tu has oído nuestras oraciones.
JUAN. (*Saliendo por el foro.*) ¿Qué está mejor?
LUISA. Echándose unas ropas para salir a sentarse aquí en el sillón.
JUAN. ¿Pero es verdad, Marina?
MARI. Sí, Juanito. Facundo nos ha dao el cambiazo.
JUAN. (Todo se pone bien 14.000 duros por un lado, millones por otro, dentro de unos meses soy un Vandervilt, mejor dicho soy un Creso... de Burgos.
LUISA. Pero ese don Procopio es notabilísimo.
SIMÓN. Ya ve usted, y nosotros que creíamos que no valía y habíamos avisado a Verdugo.
SOL. ¿Cómo al verdugo?
SIMÓN. El Dr. Verdugo, que vive ahí enfrente.
LUISA. Ah, vamos, pues ya no hace falta.
JUAN. Oiga usted, Simón. Con permiso (*Lo lleva al otro lado de la escena.*) Vaya usted a ver a Pascual y tráigalo que nos va a comprometer. Anda buscando la caja de los cuartos y lleva levantados todos los baldosines de la cocina y del pasillo, que aquello parece un derribo.
SIMÓN. ¡Arrea! Ese bárbaro va a meter la pata. (*Mutis de los dos al interior de la casa*).

ESCENA XI

Dichos y DON FACUNDO (Este es un tipo de fresco sin fin).

MARI. Les digo a ustedes que esto es un milagro.
FACUNDO. (*Sacando la cabeza por detrás de la cortina*) Eso mismo creo yo, que esto es un milagro. La Virgen me ha mandado a don Procopio como un ángel bueno que ha puesto fin a mi grave enfermedad. Ponerme una silla. (*Todos se apresuran a ponerle una silla ayudándole a andar. Unos le ponen el brasero a los pies. Otros le arropan con una manta encima de los hombros, otros con una almohada a los pies, etc. Aparecen en escena Pascual, Simón y Juanito. Pascual viene como de un derribo, todo lleno de yeso.*) Gracias, gracias a todos.

PASC. ¡Pero si es verdad que estás bueno! (*Abrazándole.*)
SIMÓN. Esto es sorprendente.
PASC. Y yo que creí que era una chufla de éste.
FACUN. No, primo, no. Estoy más curao que un jamón serrano.
JUAN. No sabe usted lo que me alegro, tío. Porque llevábamos ocho días que no vivíamos.
FACUN. Ya lo he visto, sobrino. Ahora, que desgraciadamente, creo que os molestaré poco.
MARI. Vamos, Facundo, vamos.
FACUN. Sí, estas mejorías traen luego una recaída mortal.
JUAN. Tío, por Dios.
PASC. Te quieres callar. Tú, tienes que vivir... dos años más por lo menos.
FACUN. No lo creo; ahora, que me complacerá morir entre vosotros
SIMÓN. Pero, Facundo...
FACUN. No sé, no sé cómo pagaros esto.
PASC. Pero, ¿te quieres dejar de tonterías? Nos ofendes con tus palabras. ¿Quién habla de pagar ahora? Nosotros te queremos y nada más. Y si hemos estao algo alejaos de tí, al saber que estabas malo, hemos venido corriendo, y tú no tienes que preocuparte de nada.
SIMÓN. Todo lo nuestro está a tu disposición.
FACUN. Lo sé... lo sé...
MARI. Ahora a cuidarte y a ponerte bueno.
PASC. Y después al campo o al monte a renovar los aires.
FACUN. Tienes razón. Tengo que ir al monte a renovar...
PASC. Y dentro de dos años... digo, de dos meses hecho un hombre.
FACUN. Gracias, Pascual. Dame un abrazo. Ya sé que siempre me has querido. Un poco brutote; pero bueno en el fondo. Eres un buen primo..., ¿verdad?
PASC. Gracias y pide cuanto quieras. (Eso de primo parece que me lo ha dicho con retintín)
FACUN. Necesitar... gracias a Dios no necesito nada.
PASC. *(A Juanito.)* Lo ves. Ya se va descubriendo.
LUIS. Puede estar usted bien contento con esta familia, amigo Facundo. No hay otra igual.
FACUN. No hay otra igual, no, señora. Y tú, Solita, ya seguiremos si Dios quiere con nuestras cuentas. Ya veré a ver si antes de morir te dejo bien colocada.
JUAN. *(Adelantándose.)* No hace falta, tío, porque antici-

pándome a los deseos de usted, yo ya le he ofrecido a Solita, con permiso de su mamá, una buena colocación para toda la vida.

PASC. ¿Cómo?

JUAN. Y aprovecho la ocasión de su mejoría para pedirle a su mamá la blanca mano de Solita, y poner a su disposición cuanto tengo en Burgos.

PASC. (Gachó, vaya un niñito avispao.)

LUISA. Juanito, me deja usted estupefacta. Esto es un día de emociones. En fin, más tranquila resolveré. (Menudo estorbo me quitas de encima.)

FACUN. Gracias, sobrino. Me alegro, porque eres un buen chico, y además tienes un modesto pasar, que yo procuraré aumentártelo... rogándole al Cielo.

JUAN. Gracias; pero no ambiciono nada.

SIMÓN. (Este chico promete.)

FACUN. Tienes un corazón noble tú y todos. Pues bien: si continúo mejor acepto lo que me proponéis. Dejaré esta casa. Bastante he sufrido en ella. Quiero cambiar de ambiente y de vida. Nos iremos donde queráis; pero antes me he de procurar algún dinero.

SIMÓN. Tú no tienes que pedir nada a nadie estando yo aquí. ¡Pues no faltaba más! Nosotros no somos ricos; pero tenemos lo suficiente para que tú no te prives de nada. En cuanto quieras, a nuestro hotel de la Ciudad Lineal. Dejas esta vida que has llevao, y a ponerte gordo y colorao.

FACUN. En verdad, he hecho una vida muy dura. Siempre de un banco a otro...

PASC. (*A Simón.*) (¿Lo has oído? Siempre en los Bancos.) Pues nada, ahora te vas a dar una vida que ni Muley Haffid. Yo me encargo.

JUAN. (Y dentro de dos años.)

PASC. (Lo mato. De eso me encargo yo también.)

FACUN. Millones... os daré a todos... de gracias.

JUAN. (Vaya una indirectita.)

ESCENA FINAL

Dichos. La señá GREGORIA. Vecinos y FRAY GERUNDIO y FRAY OROSIO. (Se oye un fuerte campanillazo y a la portera, que grita y llora).

GREGORIA. (*Dentro.*) ¡Virgen Santa! ¡Qué he hecho yo, Dio mío! ¡Ay, que me matan!

MARINA. Pero, ¿qué pasa?

TODOS. ¿Eh?

GREG. ¡Auxilio! ¡Qué desgracia!

LUISA. Pero, ¿qué ecurre?

GREG. (*Entre llorosa y asustada.*) ¡Nada! ¡Una fruslería! ¡Ay, Dios mío! No saben ustedes... ¡Esto es horrible! ¡Agua! ¡Yo me muero!

PASC. Pero hable usté, caramba, que va usté a matar a Facundo.

GREG. ¡La cárcel! ¡El presidio! ¡Lo veo todo!

SIMÓN. Pero reviente usté de una vez.

GREG. (*En una silla y medio muerta.*) Que cuando he venido de la botica... he cambiao los frascos... y el señor de abajo no ha hecho más que tomarse un poco jarabe de ese que le han recetao a don Facundo, cuando se ha quedao espatarrao y muerto pa siempre... Se ha descubierto la equivocación y me quieren matar. ¡Ay, qué desgracia! Y ahora han ido a llamar a los guardias para que me lleven presa... Pero no es eso lo peor...

JUAN. ¿Pero aún hay más?

GREG. Lo peor es que como están locos y no saben lo que se hacen, pues quieren subir y matar a don Facundo.

FACUN. Pero, ¿qué mediquito me habéis buscao?

GREG. ¡Ay, don Facundo, escóndase usté, que lo matan! ¡Qué suben!

PASC. ¿A quién? ¿A Facundo? ¡Estaría bueno! Primero me tién que hacer chicharrones.

GREG. Pero es que están hechos unas fieras.

SIMÓN. Pues que suban y verán lo que es bueno. (*Cogiendo una silla.*)

FACUN. Pero esto es horrible.

MARI. Más vale que se muera él que tú.

JUAN. No tenga usted cuidado, que aquí estoy yo para dar la cara. Antes me matarán que tocarle a usted o a Solita. (*Se oye jaleo.*)

PASC. Atrancar la puerta. (*Ponen delante de la puerta algunas sillas para estorbar el paso, a tiempo que se oyen más golpes en la escalera. Pascual se esconde detrás de la puerta.*) ¡Al primero que pase lo acogoto!

LUISA. ¡Aquí va a haber un crimen; hija, escóndete!

MARI. Yo taparé a Facundo. (*Echándose sobre él con su cuerpo.*)

JUAN. No hace falta. Yo daré la cara. (*Entran en escena

violentamente, irrumpiendo, un hombre y dos o tres mujeres, dando alaridos de dolor y dando cada soplamocos que enciende el pelo. A Juanito, que está, como Velarde, delante de la puerta, aguantando la acometida, le dan siete u ocho guantazos que levantan ampollas.)

UNA MUJER ¡Mi padre! ¡Mi padre! ¡¡Ay, mi padre!!

UN HOMB. ¿Dónde está esa familiota?

JUAN. ¡No se pasa!

FACUN. ¡Qué valiente! ¡Hay que ver cómo está dando la cara!

JUAN. ¡Ya no puedo más! ¡Sálvese el que pueda!... (*Las mujeres y Simón huyen hacia el interior, perseguidas por aquellos energúmenos, que les van dando leña. Aparecen los dos frailes, y Pascual, ciego ya por los golpes, cae sobre ellos y les da dos o tres estacazos monumentales, y éstos caen de rodillas, abrumados por los golpes.*)

ORO. ¡Mi madre! ¿Qué es esto? ¿Qué hacemos?

FACUN. (*Arropándose con la manta.*) Espera. Me voy a liar la manta a la cabeza. (*Facundo sale corriendo.*)

GERUN. (*Reponiéndose.*) Hermano, ¿Qué es esto?

ORO. ¡Esto es una de palos que tiembla el verbo!

GERUN. ¡Creí que era el fin del mundo!

FACUN. (*Destapándose como una aparición.*) ¡No, padre; es la resurrección de los muertos! (*Los frailes dan un grito de sorpresa y caen aterrados sobre dos sillas al efecto.*)

TELON RAPIDO

ACTO SEGUNDO

Hall en un hotel de la Ciudad Lineal. Es el de SIMÓN y MARINA. Puertas al foro y a los costados. Un sofa, varias sillas, etc. Todo de buen gusto A la derecha, un piano, que forma triángulo con el rincón. Es al medio dia.

ESCENA I

FACUNDO y LUISA, sentados en primer término y hablando en voz baja, con recelo.

LUISA. Es que está usted desconocido.

FACUNDO. Como que me estoy pegando una vida, que ni Francos Rodríguez. Año y medio hace que me trajeron aquí Simón y Marina; entonces pesaba yo menos que un panecillo, y ahora ya me ve usted. Estoy que tengo que pedirle a diario al pellejo, por favor, que se ensanche.

LUISA. Si parece que hace usted gimnasia.

FACUN. Y no la hago; ahora que es así. *(Llevándose la mano a la boca rígidamente.)*

LUISA. ¡Ja, ja, ja! Bueno; lo que usted discurre para vivir no se le ocurre a nadie.

FACUN. Como que tengo una imaginación y una fantasía juliovernesca.

LUISA. Y esto de ahora es grandioso...

FACUN. Epopéyico, nada más. Sacarles el dinero a unos parientes que me tenían abandonao por pobre; engañarlos como a unos chinos, aprovechándome de que hay en el Banco un accionista con mi nombre y apellidcs; darme una vida de príncipe, saquearles y pa remate levantar el vuelo a mi mayoría de edad, dejándoles por toda herencia unos

cuchillos que llevo en los pantalones viejos y el aceite que hay en las solapas de la americana. Es una cosa, así, de novela.

LUISA. Tiene mucha gracia, sí, señor; pero no me negará usté que esta comedia que usté ha inventado la hemos desempeñado nosotros a la perfección.

FACUN. Y que seguiréis representando hasta el final, para cobrar la parte que corresponde.

LUISA. Yo me doy por contenta con haber casado a mi hija con ese imbécil de Juanito, gracias a lo de la herencia en láminas.

FACUN. Aquello fué una idea luminosa. (*Riéndose.*)

LUISA. Que me valido el poder casarla regularmente; porque, la verdad, con esa cara...

FACUN. Con esa cara la iba usté a casar pa Reyes.

LUISA. ¿Y no teme usté que esto cambie en cuanto cumpla los cincuenta años para heredarle?

FACUN. Antes pienso heredarlos yo a ellos, porque los voy a matar a disgustos. Pero hablando de lo nuestro, ¿me ha traído usté eso?

LUISA. Sí, señor; pero no puede ser más que diez duros. La pensión es corta y no he podido ahorrar más este mes. (*Le da diez duros en monedas de cinco pesetas.*)

FACUN. Gracias, Luisa. Siga ayudándome, que ya poco queda para cobrarlo todo. Tengo un plan pensado, que Muñoz Seca a mi lado es un infeliz chupatintas.

LUISA. ¿Un plan dice usted?

FACUN. Un plan con un desarrollo que ni la guerra europea. ¡Cuidado, que vienen! (*Haciendo una transición.)* Eso de pollo lo dirá usté por las plumas que tengo.

ESCENA II

Dichos y MARINA. Despué SIMÓN y BERTA (doncella).

MARINA. ¿Qué tal, Facundo? ¿Estás mejor? ¿Quieres ya el caldito?

FACUNDO. Gracias, Marinita, no quiero nada.

MARI. Sí, hombre, estarás débil. ¿Lo quieres sólo o con un poquito de Jerez?

FACUNDO. Sólo, sólo... con la botella y así tomaré un traguito de vez en cuando.

LUISA. Felices, Marina.

MARI (*Con marcada intención de indiferencia y molestia.*) Buenas, Luisa, perdón. No había reparado.

LUISA. ¿Y Simón?

MARI. Va tirando.

LUISA. (*Parece que molesto.*) Bueno, pues me voy que ya es tarde. Don Facundo, me alegro de su mejoría. Luego vendré a ver a Soledad como todos los domingos. Adiós, Marina.

MARI. Vaya usted con Dios... (Vuelve por otra.)

FACUNDO. Adiós, Luisa.

LUISA. (*Haciendo mutis.*) (¡Groseros! ¡Facundo me vengará!)

FACUNDO. Esta Luisa es una buena amiga. (*Guardando los duros.*) Siempre interesándose por mí.

MARI. Pero con su cuenta y razón, Facundo. Esta es una lagartona que viene solamente por ver si te saca algo. ¡Cómo si lo viera! ¿A qué te ha pedido dinero? ¡No lo niegues!

FACUNDO. Sí, me ha pedido diez duros.

MARI. ¿Lo ves? Tienes que desengañarte. Los únicos que te queremos somos nosotros.

FACUNDO. Lo sé, mujer, lo sé, y lo sabré tener en cuenta.

MARI. No, no lo tomes por ese lado. Es que me duele que te tomen por primo.

FACUNDO. ¿A mí por primo? ¡No hay quien! (Ya lo verás pronto.)

MARI. Y tienes que convencerte; como Simón y como yo, nadie. Simón sobre todo que cuida de tí constantemente, a pesar de estar delicado.

FACUNDO. Ya le dejaré mejorado en el testamento, descuida. Y a tí, a tí, Marinita, te dejaría toda mi fortuna si tú me quisieras.

MARI. Vamos, Facundo, ¿insistes de nuevo en tus tonterías? (*Mimosamente.*)

FACUNDO. *Abrazándola.* (No sé que me gusta más si el descote o el talle).

MARI. Que cosas tienes.

FACUNDO. Pues y las que tienes tú...

MARI. ¿Vamos a tomar el caldito, o quieres pechuguita mejor?

FACUNDO. La pechuga, la pechuga me gusta más. (*Se van muy acaramelados.*)

SIMÓN. (*Saliendo por la izquierda seguido de Berta.*) Hasta luego. Y ya lo sabe usted, que suban más

esos marcos del pasillo que siempre me engancho al pasar. Ponerlos lo más alto posible.

BERTA. Descuide el señor.

SIMÓN. ¿Y la señora?

BERTA. Debe estar en el jardín.

Mutis de SIMÓN hacia el jardín. BERTA queda sola, mira por todas partes y después de convencida de que nadie la espía, se dirige a la izquierda y llama.

ESCENA III

BERTA y un APACHE. Después JUANITO y SOLEDAD.

BERTA. Por aquí...

APACHE. ¿No hay nadie?

BERTA. Nadie. Detrás del piano puedes aguardar que se acueste. Mientras, vete guardando lo que yo te eche. De madrugada daremos el golpe.

APACHE. Pues no perdamos tiempo. *(Descorre el piano y se oculta. Si puede saltar, mejor; así dará una impresión más fuerte.)* Oye...

BERTA. *(Mirando recelosa)* ¿Qué quieres?

APACHE. No te olvides de traerte algún filete para entretenerme mientras tanto.

BERTA. Está bien. *(Se oye ruido)* ¡Silencio! *(Voces)* ¡Alguien viene! *(Hace mutis corriendo.)*

SOLEDAD. *(Viene llorosa de la calle, pues vienen armando bronca)* ¡Es usté un grosero y un mal educado!

JUANITO. ¡Señorita, mida usté bien esas palabras!

SOL. No sé cómo se atreve usté a mirarme a la cara.

JUAN. Tiene usté razón; pero es que uno se acostumbra a todo.

SOL. ¡Grosero! ¡Pegarme a mí, sin respetar que llevo sombrero!

JUAN. Si es que me tienes harto, y me voy a ir al Perú por no verte.

SOL. ¡Sinvergüenza! Creías que no venía observando el juego que te traías en el tranvía con aquella gorda de delante.

JUAN. Y eso es para que me pongas en ridículo, diciendo allí en voz alta: «Vamos, basta, no le dés más pierna a esta señora».

SOL. Porque ibas haciendo el oso.

JUAN. El oso lo hice después, cuando ella dijo: »Déjele

usté que me dé pierna, que ahora cuando nos ensanchemos le daré yo a él dos kilos de chuletas». ¡Qué ridículo! ¡Qué harpía! ¡Ay, cuándo llegará el día!...

SOLEDAD. Sí, de heredar; ya lo sé. ¡Si te has casado conmigo por el dinero que me ha de dejar el tío Facundo!

JUAN. Yo no he dicho eso. Y para demostrártelo me voy a ir ahora mismo lejos, muy lejos...

ESCENA IV

Dichos. MARINA y FACUNDO.

MARINA. Pero, ¿qué os pasa?

JUAN. Nada.

MARI. Pero hombre, apenas casados y siempre regagañando.

SOL. Ya ve usté, esto es el matrimonio. Siempre maltratándome, y antes de casarnos me quería comer a besos.

JUAN. Es que antes la quería comer, pero ahora no la puedo tragar.

MARI. Vamos, vamos (*cogiéndolos*), a hacer las paces y a quereros y a esperar a que tío Facundo la entregue a ésta su fortunita para disfrutarla. Miradle, ahí viene. Está desconocido. Ha mandado que le asen un pollo para merendar. Eso es señal de que está mejor.

FACUNDO. Mejor que antes, ya lo creo; gracias a tí, que eres un ángel. ¡Qué cosa tan buena es la familia. Pero, qué veo; estos pipiolillos tienen cara de haber reñido, como siempre... Vamos a ver, ¿qué os pasa?

JUAN. Nada, tío... Nada... Es Soledad que siempre quiere tener razón.

SOL. Es Juanito que...

JUAN. Y nuestras disputas son... (Ahora veréis) por usted...

FACUNDO. ¿Por mí...?

JUAN. Sí, porque siempre nos peleamos por cuál de los dos le quiere a usted más.

FACUNDO. (Este niño me deja a mí en pañales a fresco.)

SOL. Eso es... eso es... (¡pero qué pillo.)

FACUNDO. Pues por mí no quiero disgustos. Vaya, venga un abrazo. *(Parchea intencionadamente a Soledad al*

tocarle el turno.) Ya sé que me queréis, y tú más, *(A Soledad)* tú más. .

SOLEDAD. Tío, más no. Que me va usted a despachurrar el boa.

FACUNDO. (Feucha, pero apretada.) Y ahora, a tí. *(Abraza un instante nada más a Juanito.)* Y ahora dejarnos un instante que tengo que hablar de un asunto con Juanito.

MARI. Vamos. Hasta luego. (¿Qué será?)

SOL. (Cuestión de la herencia, ya verás.)

FACUNDO. Siéntate aquí, hombre, siéntate aquí. *(Con ironía.)* Pues si que te ha entrado un cariño así de repente...

JUAN. Tío, yo siempre le he querido a usted.

FACUNDO. Ya lo sé hombre, ya lo sé. ¿Tienes un pitillo?

JUAN. Si señor. (Sigue tan roñoso, no compra ni tabaco.)

FACUNDO. Mira bien, primero, si estamos solos.

JUAN. *(Después de mirar.)* Sólos, completamente sólos.

FACUNDO. *(Le indica una silla y le habla con recelo de ser oído. El apache saca la cabeza y la esconde siempre que Facundo o alguien vuelve la cabeza, como si fuese un juguete de sorpresa.* Querido sobrino, tú ya sabes que hasta hace poco tiempo yo era un ser abstraído. Apenas si me ocupaba de mi persona. Y sólo atenciones que nadie conoce ocupaban toda mi actividad.

JUAN. Estaba usted enajenado, como si dijéramos.

FACUNDO. Eso es; pero hoy, gracias a vosotros que habéis cambiado mi vida, me siento rejuvenecido, me siento otro hombre... *(Cogiendo una silla.)* Me siento cerca de tí porque no quiero que esto lo escuche nadie, porque confío en que tú me guardarás este secreto.

JUAN. Hable usted lo que quiera. Soy una caja de caudales.

FACUNDO. Pues bien, Juanito... ¡Agárrate... yo soy millonario!

JUAN. *(Haciéndose el sorprendido.)* ¡Ah! ¿Pero qué dice usted?

FACUNDO. Lo que oyes, sobrino. Toda esa vida pobre y miserable, la he arrastrado hasta tener cuarenta acciones del Banco de España. Pero el día que las tuve no me enmendé y la seguí arrastrando.

JUAN. ¿Y para qué quería ustes arrastrar más, teniendo las cuarenta?

FACUNDO. Para aumentar el capital. Era mi locura. Ver oscilar la bolsa, mi mayor placer. Tener mi capital

convertido en Deuda interior, Cédulas hipotecarias, moneda extranjera, préstamos, tabacos, azucareras, mi tormento glorioso. ¡Qué emociones disfruto cuando veo bajar los tabacos! ¡Qué contrariedad cuando suben las cédulas! ¡Las azucareras, en cambio, sólo me han producido amarguras! y, sobre todo, la moneda, eso me trae de cabeza.

JUANITO. Y a mí, tío. Como que no hay cosa más rica.

FACUNDO. Pero a lo que íbamos. Tú, no sabrás, ¡claro que no lo sabes! que a Soledad, a tu mujer, la tengo dotada para cuando yo cumpla cincuenta años, en catorce mil duros de la Deuda amortizable, series A y B.

JUAN. Estoy en la A de eso que usted me dice.

FACUNDO. Lo merece por buena, y tú por tu buen proceder

JUAN. Comprenderá usted, tío, que si yo me casé no fué...

FACUN. Lo sé, lo sé. Pero lo que no sabes es que a ti te dejo también dotado; pero... de esto ni una palabra en casa, porque me volvería atrás.

JUAN. Descuide usted. De esto no le hablo yo ni a mi padre, así resucitara.

APACHE. (He caído en el Banco de España. Aquí me hincho.)

FACUN. Pues bien, te dejo lo que poseo en Deuda interior y exterior, que asciende a unas doscientas pesetas; digo, doscientas mil. También te dejo.

JUAN. Lo que me deja usté es atónito. ¿Dónde quiere usté que le bese?

FACUN. También te dejo unos valores del Hispano, que si los paso al Río de la Plata aumentan unas cuarenta mil pesetas, ¿qué te parece?

JUAN. Tío, páseme usté al Río.

FACUN. Así me gusta que seas, audaz en los negocios. Mira, si siguieras mis consejos, el pequeño capital de que dispones lo triplicabas en tres meses. ¿Cuánto tienes?

JUAN. Aquí, unas trescientas pesetas. En Burgos, las tierras y el molino.

FACUN. Traélas. ¿Ves este dinero? Mañana le meto yo en Ferrocarriles, y dentro de diez días tienes tres mil pesetas.

JUAN. Pero tío, ¿eso es verdad? Pues he estado haciendo el primo antes.

FACUNDO. Y ahora... ahora, cuando lo veas, vas a venderlo todo y me lo vas a dar para que te lo especule.

APACHE. (Estoy por darle ocho pesetas que tengo aquí.)

JUAN. Claro; menudo negocio...

FACUN. Y antes de un año... millonario. (*Cuando dice esto aparece Pascual en la puerta, que oye esta palabra y se queda congestionado.*)

JUAN. Muchísimas gracias.

FACUN. Serás millonario.

ESCENA V

Dichos y PASCUAL.

PASC. (¡Está visto! Pisándome el terreno, como siempre, este pollito.) Buenos días, Facundo.

FACUN. Querido primo. Es verdad que es domingo...

PASC. El único día que puedo venir... Los negocios no le dejan a uno.

JUAN. Bien ha madrugado usted.

PASC. (Más estás madrugando tú.) Pues, nada, aquí me tienes a verte. De buena gana no me movería de tu lado.

FACUN. (Lo creo.) ¿Te acordastes de eso?

PASC. Aquí lo tienes. (*Dándole unos cuantos periódicos.*)

FACUN. Gracias. Veamos. Aquí... La Bolsa, lo que me interesa. Aquí, Bilbao, Unión Minera... Sota y Aznar... Euskalduna; ¿a ver quién sale ganando?... ¡Claro! Sale la Sota.

PASC. Parece que está usted haciendo juego.

FACUN. ¡Ay, Pascual; lo que estoy haciendo es mi suerte! Dame la enhorabuena.

PASC. ¿Cómo?

FACUN. Calla. Sobrino, hazme el favor de darte una vuelta por abajo, y cuida que no nos interrumpan. Tengo que hablar con Pascual.

JUAN. Voy, tío. (No me fío de Pascual. Yo me entero de todo.) (*Hace como que se va, y se esconde detrás de una cortina, sacando la cabeza detrás de un portier cuando hablen, de modo que no vea al Apache cuando éste se asome también.*)

PASC. Pero, ¿qué pasa? ¿Te ha caído el gordo?

FACUN. Eso es una miseria. Mira a ver si nos escucha alguien.

PASCUAL. (*Después de mirar.*) Puedes hablar con tranquilidad.

FACUN. Con tranquilidad no sé si podré Pascual, tú eres un hombre; ¿me puedo confiar?

PASC. Yo soy más callao que un comparsa. ¡Habla!

FACUN. Siéntate. Tú ya sabes que hasta hace poco tiempo yo era un ser abstraído. Apenas si me ocupaba de mi persona, y sólo atenciones que nadie conoce ocupaban mi actividad.

JUAN. (*Detrás del portier.*) (Este parrafito me lo ha colocado a mí antes.)

PASC. La verdá, estabas un poco chaveta.

FACUN. Estaba chaveta, pero con razón; porque no vivía a causa de un negocio. (*Bajando mucho la voz y recelosamente.*)

PASC. ¿Y qué negocio era ese, si puede saberse?

FACUN. Pascual, ¿tú eres un hombre?

PASC. Si quieres convencerte... (*Como si fuera a desabrocharse el traje.*)

FACUN. Basta. Pues bien: yo tenía empleada casi toda mi fortuna en compra de moneda extranjera. Si venía una baja estaba arruinado; pero ha venido un alza y hoy... soy millonario...

PASC. ¿Has dicho millonario? A ver, a ver, explícate.

APACHE. (Me están poniendo unos dientes que muerdo el piano como si fuera mojama.)

FACUN. Escucha y lo sabrás todo. Hace tres años yo no tenía una peseta. Miento. Tenía dos. Aquella era toda mi fortuna, y estuve a punto de suicidarme. Antes de hacerlo acudí a Simón y Marina y se negaron.

PASC. ¡Sinvergüenzas!

FACUN. Acudí a tí y no me hiciste caso.

PASC. Hombre... La verdad, no me acuerdo.

FACUN. Pues bien: aquellas dos pesetas fueron mi fortuna. Antes de tirarme por el Viaducto, pensé, las tiraré al tapete verde. Era la última esperanza.

PASC. ¿Y ganaste?

FACUN. ¿Que si gané? De entrada me dieron dos plenos. Lo acertaba todo. Jugué a calles; las acertaba todas. Parecía que jugaba con la guía de Madrid en la mano. Aquella noche gané doce mil pesetas; aquello fué la base de mi fortuna.

PASC. ¡Me dejas... como idiota!

FACUN. (¡Como que tengo una fantasía que atonto!) Después jugué a la Bolsa. Lo empleé en moneda, y

hoy al ver *El Sol* he dado un respingo. Hoy soy millonario.

PASCUAL. Háblame con calma, que me atolondro.

FACUN. Sí; hoy tengo más coronas que hay en el Este, más libras que pesa Fatty, más pesos que en un gimnasio, más marcos que en una exposición, más pesetas que el Rey soldados.

JUAN. (Pero este tío lo es con toda la barba.)

PASC. Facundo... me dejas sin respiración, porque, ¡claro!, yo cómo iba a suponer que tú tuvieras ni un duro en calderilla. A mí me bastó saber que estabas malo para abrirte mi corazón, mis brazos, mi bolsillo y no sé qué más te abriría.

FACUN. (La cabeza, cuando te enteres.)

PASC. Así es que corrí a tu lado, me hice cargo de toos los gastos, porque yo soy desinteresao...

FACUN. Pues ha llegao la hora de recompensarte.

PASC. ¿Qué quieres decir?

FACUN. Que todo eso será tuyo. Dentro de unos días cumplo cincuenta años. Ese día abriré el testamento y se te entregará esa parte. Serás millonario.

PASC. Facundo, no me mientes esa palabra, que me dan vértigos y parece que sueño.

FACUN. Pues despiértate, y para que te convenzas haz una prueba. Emplea tu capital en moneda, bajo mi consejo, y antes de dos meses has triplicado su valor.

PASC. Es que arriesgar doce mil pesetas que tengo así como así... la verdad, no me atrevo.

FACUN. Voy a proponerte otra cosa. Tú me das a mí esas doce mil pesetas, con garantía.

PASC. Hombre...

FACUN. Nada, nada, con garantía. Puedo morirme hoy...

PASC. No, hoy no... Haz el favor de esperarte.

FACUN. Es un decir. Por esas doce mil pesetas te firmo yo cuatro letras contra el Banco, por valor de diez mil pesetas cada una, a pagar dentro de un mes. Dentro de ese tiempo tendrás cuarenta mil. Yo, para que lo veas, lo emplearé en moneda extranjera y haré más de quince mil duros.

PASC. Lo pensaré... La verdad, me has puesto un sabor de boca...

FACUN. Pues, decídete, porque si suben los marcos no podrá hacerse lo que yo pienso.

ESCENA VI

Dichos, BERTA y SIMÓN.

BERTA. (*Sale con disimulo* y *pausadamente de espaldas al piano, echa con cuidado por encima un panecillo con algo dentro.)*

APACHE (*Asustado.*) ¡Ah!

FACUN. ¿Eh?

BERTA (*Temblorosa.*) Señor...

FACUN. Tú, dirás, preciosa.

BERTA. La señorita, que baje usted.

FACUN. Ahora voy. (*Mutis de Berta, que se va mirando al piano.*) Conque piénsalo y decídete. Hasta luego. (Manejo los millones de un modo que a este idiota lo he dejado con calambres en el cerebro.) *(Mutis.* (*Pascual queda como lelo en la butaca, y Juanito le llama desde detrás de la cortina*)

JUAN. Chist, chist... chist...

PASC. Ese hombre me ha dejado la cabeza como una grillera. Siento que me silban los oídos... Parece que tengo una lechuza aquí dentro.

JUAN. Chist, chist... Aquí... soy yo... la lechuza.

PASC. ¿Qué haces aquí?

JUAN. Oyéndolo todo, porque a mí me ha dicho lo mismo. Para mí los valores y para usted las monedas.

PASC. Pero tu crees... porque yo estoy...

JUAN. Calle usted... tiene más millones que Roschilt.

PASC. Y se conoce que le somos simpáticos.

JUAN. Como que hay que quitarle de la cabeza que le deja na a Simón ni a Marina. Hay que ponerlos a mal con él.

PASC. Tienes razón. De eso me encargo yo, y ya sé por dónde le voy a atacar. Facundo y la Marina... vamos, ya me comprendes... yo creo que se entienden, yo me los he encontrao ya varias veces aquí... más pegaos que una machicha, y yo se lo digo a Simón para que se arme aquí la gorda. Facundo se irá de está casa y así nos quitamos dos estorbos.

APACHE. (Estos parientes son de cuidao.)

JUAN. Pero que muy bien pensao. Y a propósito, aquí llega. Duro y a la cabeza.

SIMÓN. (*Entrando.*) Felices, queridos parientes... ¿qué hay de nuevo?

JUANITO. Hay grandes sorpresas...
SIMÓN. ¿Qué pasa?
JUAN. Pasa que Facundo hoy nos lo ha confesado todo y tiene una de duros que marea.
SIMÓN. Pues me alegro, porque yo, os lo confieso, ya no podía más. Desde que está aquí nuestro pariente he hecho muchos gastos. Hace dos meses hipotequé esta finca y ahora ya estaba decidido a decirle que me diera dinero.
PASC. Eso de ninguna manera.
SIMÓN. Pero es que yo ayer empeñé la última sortija.
JUAN. Aguante usté un mes que falta. Meter la pata ahora sería imperdonable.
SIMÓN. ¿Bueno, pues qué hago?
PASC. Esperar, y mientras tanto ahí van esas quinientas pesetas. (*Apuntándolas.*)
JUAN. Mañana le daré a usted mi parte.
SIMÓN. Está bien. Y que ese hombre cumpla pronto la edad porque yo ya no aguanto más a ese sinvergüenza.
PASC. Tienes razón, porque Facundo es un sinvergüenza, pero que muy grande.
APACHE. (La que se va armar ahora.)
PASC. El hombre que aprovechándose de la hospitalidad que tú le das, trata de ponerte en ridículo como Facundo a tí, es un canalla.
SIMÓN. ¿Qué quieres decir?
PASC. Lo que oyes. Facundo coquetea con Marina y ella le hace caso, lo oyes bien, y se deja querer.
JUAN. Y eso es para que lo eches de esta casa.
SIMÓN. (*Carcajeándose.*) ¿Y es eso, todo lo que queríais decirme?
PASC. Ah, ¿te parece poco?
SIMÓN. Si ya lo sé. Y estoy haciendo la vista gorda.
PASC. Entonces el sinvergüenza lo eres tú.
SIMÓN. No faltes, Pascual, y escucha. Tú me crees a mí hombre con sentido común.
PASC. Consentido... sí. Pero es que eso de la Marina es jugar con fuego.
SIMÓN. Estoy al cabo de la calle; pero es que Facundo ha prometido a la Marina dejarla en un estado, que va a tener más brillantes que la Chelito.
PASC. Pues mientras te la deje en ese estao menos mal...
SIMÓN. Entonces, ¿qué hago? Me juego mi porvenir y el de todos armando aquí una bronca, ¿por unos días que faltan?

PASCUAL. Eso no.
JUAN. De ninguna manera.
SIMÓN. Porque si queréis, yo agarro ahora una estaca y me lío a darle estacazos hasta que fallezca... pero el dinero...
PASC. Tienes razón... Hay que ver ese dinero...
SIMÓN. Pero es que tú dudas...
PASC. Yo no sé qué decirte... Una prueba me decidiría a todo.
JUAN. ¡Callarse, que viene!
APACHE. (Vaya una familia más rica.) *(Todos disimulan.)*

ESCENA VII

Dichos, FACUNDO y MARINA.

FACUN. *(Saliendo. Se quedan discutiendo en voz baja, y Facundo dice a Marina desde la puerta.)* Míralos, siempre juntos. Es que tengo una familia modelo. ¿Qué hay, señores?
PASC. ¡Hola, Facundo!
FACUN. Así me gusta, que haya fraternidad. ¿Apostaría a que estábais hablando de mí? Bien, por supuesto.
PASC. ¡Claro! Como que te lo mereces.
FACUN. Pascual, tu comerás hoy aquí con nosotros.
PASC. Lo que digas tú, es ley para mí.
SIMÓN. (Eres un cobista.)
JUAN. (Tiralevitas.)
PASC. Si sólo quedan unos días...
FACUN. (*A Simón.*) ¿Trajiste eso?
SIMÓN. Aquí lo tienes. *(Dándole una Revista.)* Mientras lees voy a ponerme el batín para comer.
MARI. Date prisa, que ya está la comida.
FACUN. Veamos lo que dice la *Gaceta Financiera.* (*Leyendo.)* Aquí Resineras, Minas, Hispano Colonial, 37-45; Puerto Rico, 18-40... Me gusta más el Colonial que Puerto Rico.
MARI. Facundo, vamos a la mesa.
FACUN. *(Intencionadamente.)* Cuando tu quieras.
PASC. (*A Juanito.*) Habrás visto que no se recata.
JUAN. (Como que si esto dura mucho, a Simón lo veo en una carreta.)
SIMÓN. (*Saliendo.*) ¿Pero aún no han subido los marcos?
PASC. (*Dando un bote.*) ¡Ni Dios lo quiera!
FACUN. Pero, ¿a qué marcos te refieres?

SIMÓN. A los del corredor, que siempre me engancho.
PASC. Ah, vamos, es que hablas de un modo que sobresaltas.
FACUN. Creía que te referías a Bolsa, y me habías dado un susto.

ESCENA VIII

Dichos, BERTA y GUTIÉRREZ (cobrador).

BERTA. Señorita, aquí preguntan por don Facundo...
FACUN. ¿Por mí?
BERTA. Sí, señor, dice que es del Banco. Que viene a recoger una firma.
FACUN. Pues que pase... (Mi madre, ¿qué será esto? ¡Estoy que sudo!)
BERTA. Pase...
GUTI. Con permiso. Buenos días. ¿Están ustedes bien?
MARI. Bien. Gracias.
GUTI. ¿Don Facundo Díaz y Díaz?
FACUN. Servidor. (¿Pero quién es este tío?)
GUTI. Usted dispense. He estado en su casa y me han dicho que se había usted venido a vivir aquí. Traigo la citación del Banco para la Junta de accionistas que tienen ustedes mañana. Como me han dado la orden de avisar en persona, me he atrevido...
FACUN. (*Reaccionando.*) Bien hecho, hombre; bien hecho; así se cumple.
GUTI. Gracias. Es la obligación. ¿Me hace usted el favor de firmar el enterado?
FACUN. En seguida. ¿Hacéis el favor del tintero?
MARI. Berta, trae la escribanía.
FACUN. (*Leyendo la notificación.*) (¿Pero quién me habrá mandado esto?)
PASC. (Ahora ya no me cabe duda.)
JUAN. (¿Lo ve usted cómo es verdad todo?)
BERTA. ¿Dónde la pongo?
MARI. Aquí mismo. Vamos a comer. Facundo, cuando acabes, ahí te esperamos.
FACUN. (*Firmando.*) Ahora voy. (*Mutis de los personajes. Juanito le besa en la cabeza. Pascual le quita motas, dándole coba. Cuando se quedan solos, mira por todas partes a ver si lo están, y cuando está convencido le da en la tripa al cobrador.*)

(¡Ah, ya caigo! A este le manda la Luisa. ¡Estás clavao!)

GUTIÉRREZ ¿Eh?

FACUN. ¿Cómo te llamas?

GUTI. Toribio Gutiérrez, para servirle.

FACUN. Pues bien, Toribio. Estás como para entrar con la Guerrero. ¿Qué te ha dicho Luisa?

GUTI. ¿Qué Luisa?

FACUN. La que te mandó.

GUTI. A mí me ha mandado don Nemesio el conserje.

FACUN. Habla sin reparo, que estamos solos. Chico, este golpe era el que me faltaba... Ahora es cuando me llevo de aquí hasta las toallas.

GUTI. (*Asombrado.*) No comprendo al señor.

FACUN. (*Dándole un duro.*) ¿De quién ha sido esta idea?

GUTI. ¿Qué idea?

FACUN. Esta de venir.

GUTI. Ya se lo he dicho, del conserje, que me dijo: Ves a la Ciudad Lineal, y en la calle de Pérez Zúñiga, 34, hotel, vive don Facundo Díaz, que se mudó ayer. Le das esto, y que te lo firme.

FACUN. (¡Ay, mi abuela! Esto es una equivocación, no me cabe duda.) Disimularé. Bien, Gutiérrez; bien. Pues, nada. Nada; ves corriendo. ¡Ah! Oye: trae esas cinco pesetas, que me parece que no eran muy católicas.

GUTI. Tome el señor...

FACUN. Toma treinta para el tranvia; no vaya a ser falso y te bajen en medio del campo.

GUTI. Es igual. (Este hombre está loco.) Buenas tardes. (*Mutis.*)

ESCENA IX

FACUNDO y PASCUAL

FACUN. Bueno; con esto no contaba, y aquí hay algo que no sé qué es; pero en cuanto se averigüe que no tengo ni un real, me majan los parientitos. Facundo, aquí se impone una marcha, pero rápida. Ha llegado el epílogo.

PASC. (*Entrando recelosamente.*) Facundo, tengo que hablarte.

FACUN. (Adiós; este bárbaro me lincha.) Tú dirás.

PASCUAL. Pues que he recapacitao y acepto lo de las letras.

FACUN. ¿Qué letras?

PASC. De lo que hablamos antes. Ahí va el dinero y aquí están las letras. En una escapada las he comprao. No tienes más que firmar.

FACUN. ¡Ah, sí; perdona! Tengo tantas cosas que me preocupan, tantos negocios, que ya no me acordaba.

PASC. Lo comprendo. Un hombre como tú debe estar loco... Ahí van los cuartos.

FACUN. (Este hombre me salva.) (*Firma y se las devuelve.*) Ahí tienes, y ni una palabra... Dentro de un mes, rico...

PASC. Gracias, Facundo; nunca te pagaré...

FACUN. ¿Te quieres callar? El que no te pagará soy yo... esta confianza... Ahí van las cuatro letras firmadas.

PASC. Y ahora me voy pa1a que no sospechen... Ya me entiendes.

FACUN. Adiós primo, hasta luego. (*Mutis Pascual.*)

APACHE. (Este tío es más sinvergüenza que yo, por lo que veo.)

ESCENA X

FACUNDO y MARINA.

FACUN. Y ahora a Cochinchina, porque cuando ese hombre se entere de que esas letras son de adorno me mata. Ahora sí que cuando lean la despedida que les he escrito forman un tros para escabecharme.

MARI. (*Saliendo*) ¡Pero Facundo, que te estamos esperando!...

FACUN. Ya voy, hija. Dispensar. Es que estoy... muy emocionado...

MARI. ¿Qué te pasa Facundín... dí, qué tienes?

FACUN. Marina, esto no puede seguir más (*con acento y ademán trágico*), porque esto no es vivir. Yo te amo; te amo, porque tú eres para mí lo que la brújula al navegante; más aún, lo que el oasis al caminante, lo que el bisté al cesante... y yo, que nunca he querido a nadie, te quiero, y como no puedo sufrir más, me voy de esta casa, muy lejos, a devorar esta pasión que me corroe el pecho. (*Cae sobre una butaca.*) (Soy un Romeo de a peseta.)

MARINA. Pero, ¿no habíamos quedado?...

FACUN. A que muera tu marido, ¿verdad? Pues bien: yo no puedo esperar a que ese Simón vaya al Este. Te quiero antes o me suicidaré.

MARI. Facundo, eso nunca. Estás en vísperas de tu cumpleaños, y eso sería una locura.

FACUN. Pues bien: huyamos lejos, muy lejos, a otros países donde no nos conozca nadie. Nada temas. Ya sabes que soy millonario.

MARI. Pero, ¿y Simón?

FACUN. Le dejaré dos letras.

MARI. ¿Dos letras?

FACUN. Sí, de cincuenta mil pesetas cada una. Con esto tendrá bastante. Pónselas en la mesilla de noche.

MARI. (Maneja los millones que da gusto.)

FACUN. ¿Qué decides?

MARI. Lo que tú quieras. (*Se abrazan y Facundo respira satisfecho.*

APACHE. (Vaya una escenita, me están poniendo bueno.)

FACUN. (Soy más que un tío.) Pues a las tres en la estación del Norte. De allí partiremos a la felicidad. Vas a tener los brillantes a puñaos, las sortijas a miles, las pulseras a cientos. Ansorena, a tu lado, será un quinquillero.

MARI. Huyamos y sea lo que Dios quiera. Después de todo, este marido que Dios me ha dado es un fresco que ha hecho la vista gorda.

FACUN. Pues date prisa para estar a las tres en el Norte... (si no puede que estemos antes en el Este.) Y ahora a comer para que no sospechen.

ESCENA XI

BERTA y el VERDADERO FACUNDO.

BERTA. Siéntese y espere un momento. ¿A quién anuncio?

FACUN. Como no me conocen es indiferente. Diga usted que un caballero.

BERTA. Está bien. (*Mutis. Facundo hojea un periodico.)*

FACUN. Servidor de usted.

V. FACUN. Muy señor mío; perdone que le interrumpa un instante. Un asunto de interés para mí me obliga a pedirle al dueño de esta casa un favor: Soy el vecino recién mudado al Hotel contiguo, o sea el 34, duplicado. Como hasta ahora no habíamos

observado esta particularidad del duplicado, he dado a todo el mundo las señas de esta casa. Le ruego, pues, que cualquier asunto que viniese que no fuese a usted dirigido, lo encamine a mi domicilio, que desde este momento pongo a su disposición.

FACUNDO. Mil gracias. Lo haré con verdadero gusto.

V. FACUN. Me tomo este interés porque precisamente hoy espero un aviso urgente del Banco, convocándome a una reunión extraordinaria.

FACUN. *(Empieza a tambalearse como si le fuera a dar algo.* Eh... Eh.. Eh...

V. FACUN. ¿Se pone usted enfermo, amigo mío?

FACUN. No; nada, ya pasó. Un ligero mareo... Padezco muchos... Entonces su nombre es...

V. FACUN. Facundo Díaz y Díaz para servirle a usted. Antiguo militar retirado, y hoy dedicado exclusivamente a negocios de Banca.

FACUN. ¡Qué casualidad!

V. FACUN. ¿Por qué?

FACUN. Porque se parece usted extraordinariamente a un amigo mío. ¡Por cierto, que es un sinvergüenza de marca mayor!

APACHE. (Esto tié más gracia que un perro chico.)

V. FACUN. ¡Curiosísimo! A su disposición, señor...

FACUN. Antonio López...

V. FACUN. A sus órdenes, señor López.

FACUN. A las suyas. Ahora mismo daré las órdenes.

V. FACUN. Mil gracias... (*Mutis*)

ESCENA XII

FACUN. A este final que no esperaba le ponen música y gusta más que *La viuda alegre*. Y hay que ahuecar porque esto se descubre ahora enseguida, y me hacen salchica; Juanito y Simón menos mal; pero ese Pascual se lía a darme guantazos y pierdo todo lo que he ganao estos dos últimos años. Facundo, hay que volar. (*Hace mutis hacia su habitación.)*

BERTA. (*Sale, y con sigilo va hacia el piano, y echa varios «estuches».*)

APACHE. ¡Ah! Avisa, que me has asustao.

BERTA. Guarda eso y espera... Ya te queda poco de sufrir.

APACHE. Cá, hombre, si me parece que estoy en el cine...

En mi vida he visto lo que pasa en esta casa... Escucha...

BERTA. ¡Que vienen! (*Sale corriendo*).

FACUN. Y ahora a esperar a Marina. ¡Lo que daría yo por ver la que se va a armar aquí dentro de un rato! (*Sale con sombrero, un guardarropa y un maletín de mano.*) Y pa remate me llevo quinientas piastras que tenía Simón en el bolsillo. Aquí va a haber hasta tiros. Lo del Dos de Mayo, comparao con esto, va a ser una inocentada. (*Se dispone a hacer mutis por el foro y a poco entra corriendo.*) ¡La Luisa, que sube! ¡Estoy perdido! ¿Dónde me escondo? Por aquí... (*Va hacia una puerta y oye ruido.*) Por aquí, no. ¡Mi madre! ¿Qué hago? Esa mujer me estropea la fuga... ¿Dónde me meto? ¡Ah, el piano!... Ahí detrás! (*Va al piano e intenta correrlo.*) ¡Lo que pesa! ¡Si parece que está pegado al suelo!... ¡Y eso que no es de cola! (*Lo corre y el apache dice*):

APACHE. ¡Está ocupao!

FACUN. (*Aterrorizado.*) ¿Qué hace usted aquí?

APACHE. ¡Silencio, o le mato! (*Con un revólver.*) Pase usted y hablaremos. (*Corren el piano y quedan los dos ocultos.*)

FACUN. Pero, ¿usted es el afinador?

APACHE. Soy el Chiroli.

FACUN. Pero...

APACHE. Agáchese y hablaremos. (*Se agachan y desaparecen.*)

ESCENA XIII

Dichos y LUISA. Después TODOS y BERTA.

LUISA. Nadie. Estarán comiendo. ¡Ay, Dios mío! ¡Tengo unas ganas que Facundo acabe esta comedia para cobrar mi parte y dejar esta casa, que no lo sabe ni él mismo.

FACUN. (¡Pero si no me dejas, ladrona!)

BERTA. (*Entra sigilosamente con dos naranjas en la mano. Al ver a Luisa se impresiona.*) ¡Ah, los señores están en el comedor...

LUISA. Pues voy para allá. (*Mutis.*)

BERTA. Por poco me cuelo. (*Echa las dos naranjas, una*

a una, y suenan dos exclamaciones de dolor.) ¿Eh? Juraría que esa voz no era la del Chiroli...

APACHE. Cuidao, que me has dao en la bellota.

BERTA. Dispensa... Ahora te tiraré los candelabros de plata. (*Mutis. Paño.*)

FACUN. Esta me descalabra. (*Sacando la cabeza.*) ¿De manera que tú estás compinchao con la doncella para robar aquí.

APACHE. Sí, señor; yo vengo por la luz.

FACUN. Pues te llevas los candelabros, porque lo que es dinero...

APACHE. El dinero se lo lleva usté, ya lo he oído...

FACUN. Pues no dejo aquí más que las papeletas.

APACHE. Como que he hecho un mal negocio, y estoy por irme.

FACUN. Cá, de aquí salimos a la noche, cuando te traiga la llave la doncella, como me has dicho...

APACHE. Pero hombre, usté es un frescales.

FACUN. Más que tú, ¿qué pasa?

APACHE. ¡Silencio, que vienen! (*Voces.*)

FACUN. Pues vamos a arreglar el asunto aquí detrás del piano con buena armonía. (*Cuando oyen ruido se agachan los dos como muñecos de sorpresa.*)

JUAN. (*A Luisa.*) Pues, sí; por fin, hoy tío Facundo ha cantado.

LUISA. Pero hijo, con esa voz...

JUAN. No, si digo que me lo ha contado todo. Tiene una de millones que asusta. A mí me ha dicho que me deja toda la Deuda interior.

LUISA. (Con que la Deuda... ya verás si es gorda.)

PASC. (*A Luisa.*) La felicito a usted, Luisa. Todo aquello de Facundo ha resultado cierto. Vaya un tío con guita...

JUAN. ¡¡Cuarenta acciones del Banco de España!!

PASC. ¡¡Vaya acciones!!

FACUN. (Pronto las vas a ver tódas.)

LUISA. Hijo, yo lo que me dijo él.

SIMÓN. (*Saliendo con Soledad.*) Bueno; ¿pero dónde está Facundo?

JUAN. No sé... creo que ha venido una visita.

PASC. (*Llamando.*) ¡Facundo!

SOL. A ver. ¡Berta!

FACUN. (Se acerca la gorda.)

JUAN. ¡Berta!

BERTA. Señorito.

PASC. ¿Y don Facundo?

BERTA. Me lo encontré antes en el pasillo y me dijo que se iba.

PASC. ¡Que se iba! ¿Adónde?

BERTA. A América.

JUAN. (*Riendo.*) Será una chunga.

SIMÓN. Siempre está de broma.

PASC. A ver, Marina... tal vez sepa... llamarla...

JUAN. ¿Y la señora?

BERTA. La señorita se ha ido también.

SIMÓN. ¿Cuándo?

BERTA. Hace un rato. Me pareció que se iba llorando...

SIMÓN. Pascual, esto me escama...

PASC. ¿Qué quieres decir?

SIMÓN. Que nos la han dao con Roquefort.

SOL. Eso es imposible.

LUISA. ¡Pero será posible que ese granuja!...

JUAN. Aquí pasa algo... Aquí hay algo escondido.

FACUN. (Ya lo creo.) (*Detrás del piano, como siempre que habla.*)

PASC. Calma y miremos despacio. (*Casi congestionado.*) Mira que se me está nublando la vista y hago una barbaridad.

SIMÓN. Esto debe ser una broma. Voy a ver a la alcoba.

JUAN. ¿Estará en el Banco?

PASC. ¡Chuflas no, que mato a alguien!

SIMÓN. Aquí hay una carta... (*Saliendo.*)

TODOS. ¿Una carta? ¡A ver, a ver!

PASC. Lee, pero de prisa; que salga yo de esto... porque me va a dar algo...

SIMÓN. (*Rompe el sobre.*) «Para Simón.» «Querido Simón: Me harás el favor de enterarte de lo siguiente: Huyo de tu casa porque quiero cumplir los cincuenta años en Chile, a ser posible. Me llevo a tu mujer, porque la Soledad no me gusta, sino también me la llevaría.» ¡Canalla! (*Cae desmayado en un sillón.*)

TODOS. Sigue... sigue.

SIMÓN. Respecto al dinero te diré que no he tenido nunca arriba de catorce reales.

PASC. (*Medio desmayado en otro sillón.*) ¡Mi madre! ¡Avisar al médico!

JUAN. A ver... (*Coge la carta y sigue leyendo.*) «A Juanito le dices que se vista en Cabiedes que es más elegante, y que ahí le dejo casao con ese espantajo que es talmente el figurín de la moda cursi.»

SOLEDAD. ¿Cursi, yo? ¡Bandido! (*Cae medio desmayada en otra silla.*)

LUISA. (¡Ah, granuja!)

JUAN. «A Luisa le dáis las gracias por los duros que le debo, que ya le giraré... una visita cuando pueda.

LUISA. (Estoy por descubrirlo todo. Si no fuera...)

PASC. Sangrarme, por Dios, sangrarme...

JUAN. No se queje usted, que a usted no le dice nada.

SIMÓN. Ni siquiera le ha escrito...

PASC. Que no me ha escrito y me ha dejao cuatro letras que valen 12.000 pesetas? Yo mato hoy a alguien...

JUAN. Si le tuviera a mano... lo hacía escorza.

SIMÓN. (*Cogiendo la carta y leyendo de nuevo.*) «Y tú, Simón, a ver si te curas. Suda que es bueno. A la Marina ya la haré yo sudar, pero que a chorros...» ¡Maldito sea su corazón! ¿Pero dónde estará ese hombre?

PASC. Esto es mi ruina.

SOL. Y nosotros que le queríamos explotar.

PASC. El que va a explotar soy yo... antes de cinco minutos.

JUAN. Pues yo no cargo con ese mochuelo. (*A Luisa.*) Señora, ahí tiene usted a su niña. Se la devuelvo.

LUISA. Me la llevo; pero la pasará usted los alimentos.

JUAN. Los alimentos se los pasaré, pero va a ser en aeroplano. Vamos hombre. ¡Esto ha sido un engaño!

PASC. Una estafa. Yo me voy al Juzgao, pero que ahora mismo... Es decir, primero voy a la farmacia... a tomarme un frasco de azahar pa el corazón, que está a punto de saltárseme por la boca.

SIMÓN. Eso es, vamos todos. (*Se dirigen todos hacia la puerta y en esto aparece Berta.*)

BERTA. Don Facundo Díaz y Díaz pregunta si puede pasar...

PASC. ¿Eh? que pase ese granuja...

JUAN. ¡Duro con él! (*Cogen todos algo y se dirigen a la puerta airadamente.*)

V. FACUN. Buenas tardes. ¿Eh? ¿Pero qué es esto? ¿Quieren ustedes explicarme?

PASC. Oiga usted, señor mío, ¿pero es qué se viene usted ahora con chunguitas?

JUAN. ¿Viene usted a canearse encima?

V. FACUN. Caballero. Necesito una explicación de esas palabras, su nombre, pronto.

JUAN. Juan Moscoso del Pulgar.

V. FACUN. Pues se verá usted las caras conmigo, que soy Facundo Díaz y Díaz, señor Moscoso.

PASC. Vamos, vamos, ¿quiere usted callarse? ¡Usted que va a ser Facundo! Si usted fuese Facundo ya le había yo dao a usté para el pelo.

JUAN. Naturalmente, y yo también le hubiera abofeteado.

V. FACUN. ¡Esas palabras, don Juan!...

JUAN. Yo digo que usted no es mi tío.

V. FACUN. Ni quiero. Pero yo soy don Facundo Díaz y Díaz.

SIMÓN. Calma, calma; a ver si nos entendemos.

SOL. Dejar hablar a este señor. Después hablaremos nosotros.

V. FACUN. Perfectamente. Ante todo, yo soy don Facundo Díaz y Díaz, sin que lo dude ese mequetrefe. Y soy el nuevo vecino que ha alquilado el hotel contiguo a éste. Hace un rato estuve aquí hablando con un caballero, al que di mi nombre, suplicándole enviase a mi hotel los encargos que viniesen equivocados, pues por error había yo dado las señas de ustedes. Ahora, ahí va mi tarjeta, caballero. (*A Juanito.*) Y a usted otra, por insolente. (*A don Pascual.*)

JUAN. (*Leyendo.*) Facundo Díaz y Díaz, accionista.

PASC. (*Leyendo.*) De modo que Díaz y Díaz también. Pero aquí hay más Díaz que longanizas.

SIMÓN. Ahora se explica todo, caballero. Por esta tarjeta descubrimos una superchería de que hemos sido objeto. Un individuo que ostenta su mismo nombre y apellidos, haciéndose pasar por usted, nos ha hecho varias estafas. Comprenderá usted nuestra indignación.

V. FACUN. Lo lamento en el alma, pero nada puedo hacer en este caso. Sólo ruego me entregue una notificación del Banco que me aseguran por teléfono ha sido entregada en este domicilio.

JUAN. Esa notificación se la ha llevado el impostor.

V. FACUN. Pues esto es una suplantación de firma, que castigan las leyes. Acudiré a los Tribunales para que impongan a ustedes el correctivo consiguiente. Buenas tardes. (*Mutis.*)

PASC. Y encima nos busca otro lío más gordo. ¿Dónde, estará para degollarlo? ¡Me bebería su sangre!

FACUN. (Qué bárbaro. Es un caníbal.)

JUAN. ¿Y qué hacemos ahora?

PASC. Yo, al Juzgado, y donde le encuentre lo mato. ¡Por

estas! (*Mutis corriendo.*) ¡Ese lo busco yo hasta en el Congo!

LUISA. Es lo mejor. Simón, vamos al Juzgado.

SIMÓN. Vamos. ¡Marina! ¡Marina! (*Llorando. Mutis de los dos.*)

JUAN. Y nosotros. Ponte el sombrero...

SOLE. Es inútil. Se reirían de nosotros. Facundo nos ha engañado cruelmente, pero no ha cometido ningún delito. El castigo ha sido justo a nuestro egoísmo. Nosotros hemos sido los culpables únicamente.

JUAN. Tienes razón. Hablas mejor que una sufraguista. ¿Te parece que nos vayamos?

SOLE. Sí, ya nada nos queda que hacer aquí... (*Inicia el mutis.*)

JUAN. (Ahora que si me lo encontrara, ¡¡adiós Facundo!!) (*Mutis.*)

FACUN. Ha llegado el momento. Ahueca, pero a escape.

APACHE. ¿Y si le ven a usté?

FACUN. No importa. Me darán dinero encima. Ya lo has oído. Aquí era yo la única víctima y la única persona decente. Me tomaron por lila y he resultao un siempre vivo.

APACHE. Oiga usté, ¿y mis ocho pesetas?

FACUN. De eso ni palabra. Es otro negocio. Tú eres el capitalista y yo soy un socio.

APACHE. Pues en marcha. (*Se cogen los dos del brazo y se van entonando una canción picaresca. Al llegar a la puerta Facundo se para.*)

FACUN. Espera; me voy a llevar ese reloj, como un recuerdo de familia. (*Coge un reloj de sobremesa. El apache se ríe y hacen un mutis rápido, entonando de nuevo la canción primera.*)

FIN

PRECIO: TRES PESETAS